

“Trafalgar”

De
Benito Pérez Galdós

Versión y Dirección: **Agustín Iglesias**

Moaña, Agosto 1998

ESCENA 1: PROLEGOMENOS DE UNA FUGA

(Noche. Un salón. Unos candelabros les iluminan, dos hombres junto con un muchacho observan cartas y documentos marítimos, discuten entre ellos. El muchacho les observa con admiración)

ALONSO.- No podía ser mejor su posición.

MARCIAL.- El jefe de nuestra escuadra, anduvo poco listo, que si hubiera sido yo...

ALONSO.- En el momento del combate hice constar mi opinión. Si el almirante siguiendo mis consejos hubiera mandado orzar sobre babor a los navíos de la vanguardia, la victoria hubiera sido nuestra, y tú aún conservarías tu pierna.

MARCIAL.- Esta pierna de palo, es mejor que la otra; porque aquella me dolía de la condenada reuma, y ésta, a Dios gracias, no duele aunque la echen una descarga de metralla.

ALONSO.- En verdad que la alianza con Francia nos está haciendo mucho daño, pues si algún provecho resulta es para Napoleón, mientras que todos los desastres son para nosotros ...

(Los hombres siguen encendidos discutiendo acaloradamente entre ellos. Gabriel se dirige al público)

GABRIEL.- En aquellos años todo el mundo hablaba de Napoleón. Yo que era un niño apenas entendía de lo que hablaban, pero me gustaba escuchar a mi amo don Alonso y a su amigo Marcial, sobre todo hablar de las grandes batallas navales con los ingleses y del señor Bonaparte. Yo me imaginaba a ese señor tan importante igual en todo que a los contrabandistas del campo de Gibraltar. Caballero en un potro jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro y trabuco. Según mis ideas, con este pergenio y seguido de otros aventureros del mismo empaque, aquel hombre, que todos pintaban como extraordinario, conquistaba la Europa, es decir, una gran isla, dentro de la cual estaban otras islas, que eran las naciones a saber: Inglaterra, Génova, Londres, Francia, Malta, la tierra del moro, América, Gibraltar, Mahón, Rusia, etc... Yo había formado esta geografía a mi antojo, según la procedencia más frecuente de los barcos; y no necesito decir que entre todas estas naciones o islas, España era la

mejorcita, por lo cual los ingleses, unos a modo de saltadores de caminos, querían cogérsela para sí.

(Alonso interrumpiendo su conversación con Marcial)

ALONSO.- Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

(Gabriel se queda perplejo sin saber que contestar. Se dirige al público)

GABRIEL.- ¿Era yo hombre de valor? En mis catorce años de vida no se me había presentado ocasión de asombrar al mundo con ningún hecho heroico.

(Mientras sigue hablando, los dos hombres al grito de: ¡Qué viene! Interrumpen sus murmullos y esconden los documentos apresuradamente)

GABRIEL.- Yo nací en Cádiz y me crié en la Caleta con otros chicos de mi edad, creyendo que el hombre había sido criado para el mar, habiéndole asignado la Providencia, como supremo ejercicio de su cuerpo, la natación, y como constante empleo de su espíritu el buscar y coger cangrejos.

Los chicos de la caleta éramos considerados como más canallas que los que ejercían igual industria; y con los rivales de otros bandos mediamos nuestras fuerzas con grandes y ruidosas pedreas, que manchaban el suelo de heroica sangre.

(Hace su aparición sorpresiva doña Paquita, agarra humillantemente de una oreja a Gabriel)

PAQUITA.- ¡También tú! *(A don Alonso)* Ya ves, tú le enseñas a que pierda el respeto ... ¿Te has creído que estás todavía en la Caleta, pedazo de zascandil?

ALONSO.- Mujer, si el chico no molestaba.

PAQUITA.- ¡Hombre de Dios! Cuando digo que tú me andas buscando Pues te juro que si me buscas, me encontrarás.

ALONSO.- Estábamos mirando la ruta de Alcalá Galiano y Valdés cuando fueron a reconocer el estrecho de Fuca. Es un viaje muy bonito. Te lo he contado alguna vez.

MARCIAL.- Le estaba contando como la goleta ...

PAQUITA.- ¿Ya usted quien le ha dado vela en este entierro, señor Marcial? Cuando digo que voy a quemar todos esos papelotes. Mal hagan los viajes y el perro judío que los inventó. ¡Qué hombres, Santo Dios, qué hombres! Ya os conozco yo. Estáis rumiando el embarcaros de nuevo en Cádiz. Si Napoleón quiere guerra, que la haga él solo y diga: "Aquí estoy yo, mátenme ustedes, señores ingleses, o déjense matar por mí" ¿Por qué ha de estar España sujeta a los antojos de ese caballero?

ALONSO.- Verdaderamente nuestra unión con Francia ha sido hasta ahora desastrosa.

PAQUITA.- ¿Pues para qué lo han hecho? Bien dicen que ese Godoy es hombre sin estudios. Se creerá él que se gobierna una nación tocando la guitarra. No, no irás... te aseguro que no irás a la escuadra. ¡Pues no faltaba más! ... ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo!, señor Marcial ¡si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede ir cuando quiera! Pero lo que es éste no irá.

MARCIAL.- Iré yo solo. El demonio me lleve, si me quedo sin echar el catalejo a la fiesta.

ALONSO.- Necesito ir, Paquita. Acabo de recibir una carta de Churruca. La escuadra debe, o salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses, o esperarles en la bahía, si se atreven a entrar. La cosa va a ser sonada.

PAQUITA.- Pues que sean Churruca, Cisneros y Gravina los que machaquen a esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo, que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo, que te dislocaron en el Cabo de San Vicente.

(Don Alonso mueve el brazo para demostrar que ya no le afecta)

No, no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años como cuando fuiste a la tierra del Fuego y me trajiste aquellos collares verdes de los indios ... Pero ahora ... Ya sé yo que este señor Marcial te calienta los cascos. Me parece que él y yo tenemos que reñir ... Vuélvase a los barcos si quiere, Para que le quiten la pierna que le queda ... [Oh, San José bendito! ¡Qué tormento! [Ni Un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos pelotadas me lo manda qué sé yo a dónde, a la Patagonia, al Japón o al mismo infierno. Está una diez o doce meses sin verle, y al fin, si no se lo comen los señores salvajes, vuelve, hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverle a su calor natural. Pero pájaro viejo no entra en la jaula. Dios me perdone, pero aborrezco el mar. ¡No sé para qué sirve la Santa Inquisición si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero

Alonsito ven acá y dime: ¿Para qué es eso de estar arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas, que si se quiebran, arrojan al mar centenares de infelices? ¿No es eso tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando les oigo, y si todos pensaran como yo, no habría más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonso, me parece que ya os han derrotado bastantes veces ¿Queréis otra?

MARCIAL.- Tenemos quince navíos, y los francesitos veinticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto... ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado! Pero el señorito traerá muchos también.

GABRIEL.- ¿Quién es el señorito?

MARCIAL.- Quien ha de ser, Gabrielillo, el almirante Nelson. Así me gustan a mí las funciones; mucha madera donde mandar balas, y mucho jumo de pólvora que caliente el aire cuando hace frío.

PAQUITA.- (*Haciéndose cruces*) [Cuarenta navíos! Eso es tentar a la divina Providencia. ¡Jesús! ¡y lo menos tendrán cuarenta mil cañones, para que estos enemigos se maten unos a otros!.. Estos bravucones parece que se quieren comer el mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

MARCIAL.- ¡NO! Si no fuera por sus astucias y picardías ... Nosotros vamos siempre contra ellos con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazón. Así fue la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traición, cuantimás de un inglés que es civil y al mando del cristiano. Pero no, el que ataca a traición no es cristiano, sino un salteador de caminos. Figúrese usted, señora, que salimos de Cádiz para auxiliar a la escuadra francesa que se había refugiado en Algeciras, perseguida por los ingleses. La noche estaba más negra que un barril de chapapote; pero como el tiempo era bueno no nos importaba navegar a oscuras. Casi toda la tripulación dormía: me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora de las perradas que le hacía su suegra, y desde allí vi las luces del San Hermenegildo, que navegaba a Estribor como a tiro de cañón. De repente, y aunque la noche estaba oscura, me Pareció ver que un barco pasaba entre nosotros y el San Hermenegildo. José Débora -dije- o yo estoy viendo fantasmas, o tenemos un barco inglés por estribor.

-Qué el palo mayor se caiga por la fagonadura y me parta si hay por estribor más barco que el San Hermenegildo - contestó él.

No había acabado de decirlo, cuando pataplús ... sentimos el musiqueo de toda una andanada que nos soplaron por el costado. ¡Qué batahola, señora doña Francisca! Me alegraría de que usted lo hubiera visto para que supiera cómo son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos a Dios que nos pusiera un cañón en cada dedo para contestar al ataque ... ¡Zapataplús! La andanada de estribor disparó enseguida, y al poco rato nos contestaron ... Pero en aquella trapisonda no vimos que con el primer disparo nos habían soplado a bordo unas endiabladas materias comestibles.

ALONSO.- Querrás decir combustibles ...

MARCIAL.- Esto mismo, que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardía nuestro navío se nos redobló la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra, y otra. ¡Ah, señora doña Francisca! [Bonito se puso aquello! .. Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver ... yo estaba en mis glorias ... En un guiñar de ojo preparamos las hachas y picas para el abordaje ... el barco enemigo se nos venía encima, lo cual me encabrió el alma ... [qué julepe! Principiaba a amanecer; ya lo penoles se besaban, ya estaban dispuestos los grupos, cuando oímos juramentos españoles a bordo del buque enemigo. Entonces nos quedamos todos tiesos de espanto, porque vimos que el barco con que nos batíamos era el mismo San Hermenegildo.

PAQUITA.- Eso sí que estuvo bueno ¿Y cómo fueron tan burros los unos y los otros?

MARCIAL.- Diré a usted, no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego de nuestro barco se pasó al San Hermenegildo, y entonces ... ¡Virgen del Carmen, la que se armó! ¡A las lanchas! gritaron muchos ... Nosotros jurábamos, gritábamos, insultando a Dios, a la Virgen y a todos los Santos, porque así parece que se desahoga uno cuando está lleno de coraje hasta la escotilla.

PAQUITA.- ¡Jesús, María y José! ¡Qué horror! ¿Y se salvaron?

MARCIAL.- Nos salvamos cuarenta en la falúa y seis o siete en el chinchorro. Mi primo José Débora se aferró a un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo a las playas de Marruecos.

PAQUITA.- ¿Y los demás?

MARCIAL.- La mar es grande y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres murieron aquel día.

PAQUITA.- Válgame Dios. Aunque bien empleado les está por andarse con esos juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda ...

ALONSO.- Pues la causa de este desastre fue que los ingleses, validos de la oscuridad de la noche, dispusieron que el navío Soberbio, el más ligero de los que traían, apagara

Sus luces y se colocara entre nuestros barcos. Así lo hizo, disparó sus dos andanadas y viró en redondo. Nuestros barcos viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro ...

PAQUITA.- ¡Oh, Y qué bien os la jugaron!

MARCIAL.- Entonces yo no los quería bien; pero desde esa noche ... Si están ellos con el cielo, no quiero ir al cielo; aunque me condene para toda la eternidad.

PAQUITA.- Dejémonos de fiestas. Buen par de esperpentos estáis los dos. Alonso, en cuarenta años de casados no me has visto enojada; pero ahora te juro que si vas a la escuadra ... haz cuenta de que Paquita no existe para ti.

ALONSO.- ¡Mujer! ¡Y he de morirme sin tener ese gusto! **Tú** irás a Cádiz también; irás a casa de mi prima Flora, y desde el mirador podrás ver cómodamente el combate, el humo, los fagonazos, las banderas. Esto es muy bonito.

PAQUITA.- ¡Gracias, gracias! Me caería muerta de miedo. Aquí nos estaremos quietos, que el que busca el peligro en él perece.

(Sale doña Paquita ante el abatimiento de los marinos. Tras una breve pausa, don Alonso vuelve a preguntar)

ALONSO.- Gabriel, ¿eres tú hombre de valor?

GABRIEL.- Sí, mi amo, soy hombre de valor.

ALONSO.- Entonces, irás con nosotros.

(Los dos hombres se abrazan y recogen apresuradamente unos bultos y planos que se Elevan con el/os)

ESCENA 2: EN EL SANTISIMA TRINIDAD

GABRIEL.- Así fue como a mi ama le dimos el más fuerte berrinche que tuvo en su vida. Salimos por la puerta del corral para no ser vistos por nadie y montados en una calesa partimos con destino a Cádiz.

Hasta entonces yo había visto los barcos de guerra fondeados en la bahía, pero nunca de cerca. Mi imaginación lo representaba de un modo fantástico y absurdo, suponiéndolos llenos de misterio. Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año, y alguna escaramuza cada mes. Yo me figuraba que las escuadras se batían unas contra otras pura y simplemente porque les daba la gana, o con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse de navajazos.

Figúrense ustedes cuál sería mi estupor, mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me Vi frente al Santísima Trinidad, el mayor barco del mundo.

(Luz del día. Todo el escenario se ilumina y aparece el ajeteo del barco. Caen las velas del palo mayor. Todo es agitación y trabajo de marinos. Reina la alegría y hay una euforia general)

ALONSO.- Admira y disfruta Gabriel, estás en una catedral gótica del mar. No encontrarás en toda Castilla mayor majestad y más compleja y sutil fábrica guerrera.

MARCIAL.- Este coloso se construyó en La Habana. Tiene 61 metros de eslora ¡Fíjate! 140 bocas de fuego entre cañones y carronadas.

ALONSO.- Es el Escorial de los mares.

MARCIAL.- ¡Gloria al Santísima Trinidad!

(Voces de marineros contestan: ¡Gloria!)

(Aparece Malespina que se abraza con entusiasmo a don Alonso)

MALESPINA.- ¡Flor de navegantes, espejo de marinos, honra de la patria! ¡Ya se te echaba en falta!

ALONSO.- Mi querido José María, un marino no puede faltar ...

MALESPINA.- Ni un artillero, ni un artillero, amigo mío. ¿Qué es de un barco sin artillería? Pero donde hay que ver los efectos de esta invención admirable es en tierra. Cuando la guerra del Rosellón ... ya sabe usted que tomé parte en aquella campaña y que todos los triunfos se debieron a mi acierto en el manejo de la artillería. En la batalla de Masdeu, el general Ricardos me situó en una colina con cuatro piezas, mandándome que no hiciera fuego sino cuando él me lo ordenara. Pero yo, que veía las cosas de otra manera, me estuve calladito hasta que una columna francesa vino a colocarse delante de mí, en tal disposición, que mis disparos podían enfilarla de un extremo a otro. Los franceses forman la línea con gran perfección. Tomé bien la puntería con una de las piezas, dirigiendo la mira a la cabeza del primer soldado ... ¿Comprende usted? .. Como la línea era tan perfecta, disparé, y ¡zas! La bala se llevó ciento cuarenta y dos cabezas, y no cayeron más porque el extremo de la línea se movió un poco.

ALONSO.- ¡Hombre!

MALESPINA.- Cuando estuve en Inglaterra, ya sabe usted que el gobierno inglés me mandó llamar para perfeccionar la artillería de aquel país. Recuerdo que una vez, estando en palacio, me suplicaron que los mostrase cómo era una corrida de toros, y tuve que capear, picar y matar una silla, lo cual divirtió mucho a toda la corte, especialmente al rey Jorge III, quien era muy amigote mío. Todo su empeño era que le enseñase palabras de español, y nunca pudo aprender más que "otro toro y venga esos cinco", frase con que me saludaba todos los días cuando iba a almorzar con él, pescadillas y unas cañitas de manzanilla.

ALONSO.- ¿Eso almorzaba?

MALESPINA.- Yo le hacía llevar desde Cádiz la pescadilla embotellada, conservabas muy bien con un específico que yo inventé, cuya receta tengo en casa.

ALONSO.- ¿Y reformó usted la artillería inglesa?

MALESPINA.- Completamente, allí inventé un cañón que no llegó a dispararse, porque todo Londres, incluso la corte y los ministros, vinieron a suplicarme que no hiciera la prueba por temor a que del estremecimiento cayeran al suelo muchas casas.

ALONSO.- ¿De modo que tan gran pieza ha quedado relegada al olvido?

MALESPINA.- Quiso comprarla el emperador de Rusia, pero no fue posible moverla del sitio en que estaba.

(La conversación es interrumpida por los gritos de la marinería que se dispone a maniobrar la Santísima Trinidad. Suena la campana de proa, crujen los cabos, las

velas suben hacia las vergas y se mezclan las voces y los gritos del contramaestre dando órdenes)

VOZ CONTRAMAESTRE.- ¡Listos para zarpar. ..., maniobras de desatraque ..., soltad amarras ..., a ver esos hombres , trincar esos cabos ..., largar trapos ..., izar gavias ..., sobre juanetes y juanetes!

MARCIAL.- *(Junto a Gabriel)* Observa Gabrielillo, no verás amanecer más hermoso en tu vida. Navegas en un gigante de los mares. Mira la flota ¡Qué espectáculo, Dios mío, treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, zarpan para la batalla; vas a presenciar un combate que recordarán los siglos, verás disparar los cañones, apresar los buques enemigos y volveremos a Cádiz cubiertos de gloria. Dirás a todos cuantos quieran oírte: "Yo estaba en la escuadra, lo vi todo" ...

(La llegada del contramaestre hablando con don Alonso hace que todos los marineros vuelvan a sus trabajos, lo mismo que Marcial. Gabriel acude hacia don Alonso por si necesitase alguna cosa)

CONTRAMAESTRE.- Todos los marinos de aquí están muy descontentos del almirante francés, que ya probó su ineptitud en el combate de Finisterre.

ALONSO.- ¿Te mareas, Gabriel. ..?

GABRIEL.- No, mi amo. Me siento muy orgulloso de estar en este barco acompañándole a usted.

CONTRAMAESTRE.- Toda nuestra oficialidad está muy mal por verse obligada a servir a las órdenes de un hombre tan apocado. Fue Gravina a Madrid a decírselo a Godoy, previendo grandes desaires si no se ponía al frente de la escuadra un hombre más apto, pero el ministro le contestó cualquier cosa, porque no se atreve a resolver nada; y como Bonaparte está en Alemania metido con los austriacos, mientras él no decida ...

ALONSO.- ¡Ah! Si Napoleón confiara el mando de la escuadra a algún español. .. A Gravina o a Churruca ...

CONTRAMAESTRE.- Figúrese que cuando llegaron los barcos franceses carecían de víveres y municiones, y en el arsenal no se las quisieron dar, mientras no les pagasen en moneda contante y sonante. [Pues no faltaba más sino que esos señores con sus manos lavadas se fueran a llevar lo poco que tenemos! Ahora cuesta todo un ojo de la

Cara, la fiebre amarilla por un lado y los malos tiempos por otro han puesto Andalucía en tal estado, que todo ello no vale una aljofifa.

ALONSO.- Verdad es que el honor nacional es lo primero, y es preciso seguir adelante para vengar los agravios recibidos.

CONTRAMAESTRE.- Es curioso el empeño de los franceses de hacerse a la mar en busca de un enemigo poderoso. La posición más ventajosa para nosotros sería permanecer en la bahía, obligándoles a un bloqueo que no podrán resistir. La marina inglesa es superior a nosotros, por perfección de armamento, por dotación de sus buques y, sobre todo, por la unidad con que operan sus escuadras. Nosotros, con gente menos diestra, armamento imperfecto y con un jefe que descontenta a todos, podríamos, sin embargo, hacer la guerra a la defensiva dentro de la bahía. Pero, ¡ay! será preciso obedecer conforme a la ciega sumisión de la corte de Madrid. El almirante Villeneuve se ha entregado a la desesperación; Napoleón amenaza con relevarlo y eso le induce a cometer las mayores locuras, esperando reconquistar en este combate su perdida reputación por la victoria o la muerte.

ALONSO.- ¡Tengamos fe en Dios!

CONTRAMAESTRE.- En Dios, y en que Nelson no ande esta vez muy espabilado.

(Marcial mirando a la lejanía se dirige a los marineros que están extendiendo unas velas)

MARCIAL.- ¡Qué pesado está el Príncipe de Asturias! Allá va el navío general de Monsieur Corneta ... Echa toda la gavia, pedazo de tonina; este gabacho tiene un peluquero para rizar la gavia, y cargar las velas con tenacilla ...

MARINERO 1.- ¡Eh, Medio-hombre! ¿Es verdad, que Monsieur Corneta ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos?

MARCIAL.- Así es, amigo mío. Siete navíos en la vanguardia, siete en el centro mandados por él en persona y otros siete en la retaguardia; y en el cuerpo de reserva otros doce navíos. Vamos españoles mezclados con gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre.

MARINERO 2.- El francés ha dicho que si el enemigo se presenta a sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él ..

MARCIAL.- Eso está muy guapo dicho en el camarote; pero ya... ¿el señorito va a ser tan buey que se nos presente a sotavento?

MARINERO 1.- Pues si se presenta a barlovento y nos ataca, le esperaremos en línea de batalla; tendrá que dividirnos para atacarnos, si no rompe nuestra línea, nos será muy fácil vencerle.

MARCIAL.- A Monsieur Corneta todo le parece muy fácil. .. Más valía que hubiese dejado al frente de la escuadra a un almirante español. Ese gabacho no sabe lo que tiene entre manos y no le caben cincuenta barcos en la cabeza. Cuidado con un almirante que llama a sus capitanes el día antes de una batalla, y les dice que haga cada uno lo que le diera la gana ...

MARINERO 2.- Desde luego. Pos pa eso ...

MARCIAL.- Díganme ustedes: si nosotros los españoles queremos defondar a unos cuantos barcos ingleses, ¿no nos bastamos y nos sobramos para ello? ¿Pues a cuenta de qué hemos de juntarnos con franceses que no nos dejan hacer lo que nos sale de dentro, sino que hemos de ir a remolque de su señorías? Siempre que fuimos con ellos, siempre salimos destaponados ... En fin ... Dios y la Virgen del Carmen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén.

MARINEROS.- ¡Amén!

(Todos aplauden)

ESCENA 3: LA BATALLA

GABRIEL.- A pesar de mis pocos años, escuchando a todos aquellos hombres me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso. Por primera vez percibí con completa claridad la idea de patria. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el rey y su célebre ministro. Yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, y para mí, uno debía entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de franceses e ingleses después. Pero una nueva idea se fue abriendo paso en mi espíritu poco a poco. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes; me representé la sociedad dividida en familias; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, Y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria; es decir, el terreno en que ponían sus plantas; la casa donde vivían los padres; el huerto donde jugaban los hijos; el puerto donde amarraba una embarcación; el almacén donde se depositaban las riquezas; la calle donde se ven desfilar caras amigas, el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia a nuestra existencia.

Mirando nuestras banderas roja y amarilla, sentí que mi pecho se ensanchaba; me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad.

(Los marineros corren agitados. Marcial entra furioso)

CONTRAMESTRE.- ¡Timón a babor ... Fijado mi capitán!

MARCIAL.- ¿Les parece a ustedes que esta es hora de empezar un combate?

CONTRAMAESTRE.- La arena, extender la arena.

ALONSO.- ¡Aproximar las carronadas!

CONTRAMESTRE.- Haceros cargo del palo de mesana.

(Los marineros y Marcial se pasan de mano en mano sacos que vacían sobre la cubierta. Gabriel ayuda)

GABRIEL.- ¿Para qué es?

MARINERO.- Para la sangre ...

GABRIEL.- ¿Para qué sangre?

ALONSO.- ¡Encended los botafuegos!

MARINERO.- ¡Para cual había de ser! Para la nuestra, para que no patinemos en cubierta con la sangre de los espanzurrados por la metralla.

MARCIAL.- Ya se esparrancó la línea de batalla. Ahora es más larga que el camino de Santiago. Si el señorito la corta perderemos hasta el modo de andar. Nos van a dar julepe por el centro. Estamos a sotovento, y los casacones pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Bastante haremos con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque bien y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.

CONTRAMESTRE.- ¡En facha, en facha! Se nos quiere meter por la popa.

(Todos los marineros corren hacia los cabos, chillan los motones, trapean las gavias. Gabriel corre sin saber a dónde dirigirse entre el atropello de las carreras. Se encuentra con Marcial)

GABRIEL.- ¿Qué sucede, Marcial? ¿Qué está pasando?

MARCIAL.- ¿Qué ha de ser!

CONTRAMAESTRE.- ¡Largar todo!

MARCIAL.- El señorito que se nos viene por popa.

GABRIEL.- ¡Nelson!

MARCIAL.- El mismo, allí lo tienes en ese gran navío con la insignia de almirante.

CONTRAMAESTRE.- ¡Más rápido, más rápido!

GABRIEL.- ¿Y por qué hacia nosotros?

MARCIAL.- Porque Monsieur Corneta ha vuelto a demostrar que es un asno y el pavor que le tiene al inglés.

CONTRAMESTRE.- ¡Arriad en banda!

MARCIAL.- Al divisar que la flota enemiga viene en dos columnas en forma de cuña contra nosotros, ha ordenado virar en redondo, y ha dejado a la vanguardia en retaguardia y al revés. Y ahora el señorito se nos viene al costado por barlovento *(Suena un primer cañonazo)* ¡Vamos Gabrielillo! Que esto se pone bueno y es hora de demostrar la hombría de cada uno.

CONTRAMAESTRE.- ¡Toda la tripulación a popa! .. Virar a sotovento, fijarlo ... Virar con fuerza ... Timón a estribor ... ¡Fijado mi capitán!

(Varias voces repiten con eco infernal: ¡Fuego, fuego!. Suenan repetidos cañonazos y la cubierta se llena de humo. Truenan andanadas de disparos de cañón. Los primeros lamentos de los heridos se mezclan con gritos e insultos al enemigo. Gabriel en el centro de aquella vorágine y tronada corre intentando ayudar, un herido cae en sus brazos, ayuda arrastrándolo a la bodega).

GABRIEL.- Yo tenía un miedo terrible, unas veces, y un delirante arrojo otras, en que me arriesgaba a ver desde los sitios de mayor peligro aquel gran espectáculo. Los barcos no parecían ciegas máquinas de guerra, sino verdaderos gigantes, seres vivos y monstruosos que luchaban por sí, poniendo en acción como ágiles miembros, su velamen, y cual terribles armas la poderosa artillería de sus costados. Estos monstruos se acercaban, se desafiaban, descargaban una andanada, retrocedían con ardiente coraje, se mofaban del enemigo, le increpaban; expresaban el dolor de la herida o exhalaban el gemido de la muerte como un gladiador en su agonía; las tripulaciones, rumor del pecho irritado de estos gigantes, lanzaban alaridos de entusiasmo, mugidos de desesperación, himnos de júbilo, algazaras rabiosas o terribles silencios anunciando la vergüenza de la derrota. Nuestra situación en la Trinidad se había vuelto infernal. Tras destrozarse con orgullo el palo de mesana del navío de Nelson y cuando estábamos convencidos de nuestra victoria, acudió en su ayuda el *Temerary*, que se interpuso entre los dos, salvando a su compañero de las balas y con una agilísima maniobra viró prontamente colocándose en nuestra aleta de babor, disparándonos por aquel costado; antes de que pudiéramos reaccionar ya teníamos el *Neptuno*, otro poderoso inglés, colocado en lugar del *Victoria*, el navío de Nelson, que nos vadeaba, acribillándonos por todos los lados.

La metralla inglesa rasgaba el velamen como si grandes e invisibles uñas le hicieran trizas. Las balas de cañón disparadas de tan cerca, mataban mutilando horriblemente los cuerpos. Otras rebotaban contra un palo, levantando granizadas de astillas que herían como flechas.

VOCES.- ¡Carpinteros, carpinteros! Hay que taponar los agujeros de la bodega.

(El griterío y la espesura del humo es cada vez mayor. Se multiplican los cañonazos y la metralla. Los alaridos de los enfermos crean un coro infernal)

MARCIAL.- ¡Maldito sea Monsieur Corneta!

CONTRAMESTRE.- Hay que taponar los agujeros de la bodega. Achicar el agua, achicar el agua.

MARCIAL.- ¡Y cien mil veces maldito! ¡ Malditos sean los franchutes y todas las alianzas con ellos! ¡Ese canalla se ha rendido!

CONTRAMAESTRE.- ¡El Bucentauro se ha rendido!

ALONSO.- ¡El navío general ha arriado bandera!

MARINERO.- ¡Hijo de puta!

MARCIAL.- Ese mesié Corneta no ha traído más que desgracias. Ojalá le fusilen los ingleses y a Todos los cobardes que como él, se rinden .La Trinidad no se rinde!

CONTRAMAESTRE.- ¡Vigía de popa!

MARCIAL.- Y tú Gabrielillo, que haces ahí parado, se ha rendido un franchute pero no un español; si tienes miedo vas al agua, hay que disparar este cañón que se ha quedado sin gente.

CONTRAMAESTRE.- ¡Achicar gandules, más ligero, más ligero!

(Con ayuda de Gabriel preparan el disparo de un cañón. Marcial lleva una herida en la frente y cojea de su pata de palo)

GABRIEL.- ¡Estás herido!

MARCIAL.- Esto no es nada, solo astillas. Si llego a traer la de carne y hueso hubiera dolido más. Si te mareas huele el botafuego. Vamos a mandar a esos ingleses a dar un paseo en bote ¡Fuego!

(Disparan el cañón una, dos, hasta tres veces)

MARCIAL.- No puedo más, se me sube la pólvora a la toldilla. Gabrielillo tráeme agua.

(Gabriel corre a buscarla, pero un enorme estrépito paraliza todo. El palo mayor cae sobre el combés y tras él el de mesana)

VOCES.- .Aborda¡e! ..¡Las picas!...¡Las hachas!

(Marcial corre también con el botafuego en la mano gritando como enloquecido, pero es detenido por la figura majestuosa y derrotada de don Alonso)

ALONSO.- Marcial, amigo mío, hemos sido otra vez vencidos.

MARCIAL.- ¡El Trinidad no se rinde! ¡El Trinidad no se rinde!

(Lentamente arría la bandera española y aparecen unos soldados ingleses)

CONTRAMAESTRE.- ¡A las bombas! ¡Qué se ahogan los heridos! ¡A las bombas! Por estribor, nos atacan también por estribor.

MARCIAL.- Vamos Gabrielillo, todavía no ha terminado el día, hay que achicar agua ¡a las bombas!

GABRIEL.- ¿Don Alonso, se encuentra usted bien?

CONTRAMAESTRE.- ¡Por el Rey!

ALONSO.- Sí, Gabriel, está herida no es nada, sangran más las del alma. Otra vez vencidos, Marcial, otra vez. Cómo se ha de reír Paquita de nosotros.

MARCIAL.- ¡Vamos a las bombas!, ¡Que se ahogan los heridos! *(Sale seguido de Gabriel)*

(Un oficial inglés se dirige a don Alonso)

INGLES.- ¿Es usted don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío?

ALONSO.- El mismo mister ¿Nos conocemos?

INGLES.- Del cabo de San Vicente. ¿Y cómo a un hombre de avanzada edad, le permiten entrar en combate?

ALONSO.- Por caridad caballero, por pura afición y por el entusiasmo que me inspira mi querida bandera.

(En ese momento la bandera inglesa es izada en sustitución de la española)

INGLES.- ¡Dios salve al Rey! Dios salve a Inglaterra! Han peleado ustedes como leones.

ALONSO.- ¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina?

INGLES.- ¡Carpinteros ...! Se ha retirado en el Príncipe de Asturias; más cómo no se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado a Cádiz.

ALONSO.- ¿Y el San Ildefonso?

INGLES.- Ha sido apresado ... ¡Vamos, mover el culo!

ALONSO.- ¿Y el Santa Ana?

INGLES.- También ha sido apresado.

ALONSO.- ¡Vive Dios! Apuesto a que no ha sido apresado el Nepomuceno.

INGLES.- También lo ha sido ... ¡Se van a quemar las velas, retirar esos palos!

ALONSO.- ¿Está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

INGLES.- Ha muerto.

ALONSO.- ¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca!

INGLES.- ¡A ver esas bombas! ¿Y los carpinteros?

ALONSO.- Pero el Bahama se habrá salvado, el Bahama habrá vuelto ileso de Cádiz.

INGLES.- También ha sido apresadoNo me oís!

ALONSO.- ¿Y Galiana? Galiana es un héroe y un sabio.

INGLES.- Si, pero ha muerto también.

ALONSO.- Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Ustedes habrán tenido pérdidas de consideración.

INGLES.- Una sobre todo irreparable. Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heroico, al sublime almirante Nelson.

(Los dos hombres se miran con congoja y apenas pueden reprimir las lágrimas. Están a punto de abrazarse para consolar sus angustias, pero el impulso es reprimido)

INGLES.- Don Alonso *(saludándole militarmente)* Es usted, otra vez, mi prisionero.

GABRIEL.- *(Corriendo hacia don Alonso)* ¡Señor, que nos ahogamos!

ALONSO.- ¡Mejor en el fondo del mar que prisionero en Gibraltar!

INGLES.- Todo el mundo a los botes de estribor.

CONTRAMAESTRE.- ¡Nos vamos a pique!. ..¡A las lanchas! ¡A las lanchas!

INGLES.- Don Alonso, el barco está perdido y la noche está entrando. Debe embarcar en una lancha.

GABRIEL.- ¡Señor, que el barco se va a pique!

ALONSO.- Cómo se va a reír Paca cuando yo vuelva a casa después de esta gran derrota.

INGLES.- ¡Dios salve al Rey!

(La oscuridad se va haciendo y bajo la luz de una lámpara los españoles custodiados por los ingleses embarcan en una lancha) (Suena una canción inglesa)

ESCENA 4: EN ALTA MAR

(Marcial, Alonso, Gabriel, el contramaestre, el oficial inglés)

(Oscuridad absoluta, están iluminados por la luz de un farol en proa)

GABRIEL.- Siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivían del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaban su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces había surcado los mares, me pareció que también ellos tendrían su patria querida; que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir como en España muchas gentes honradas, y las madres, las hijas, las esposas; las hermanas de tan valientes marineros; los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.

MARCIAL.- *(En susurros)* A la menor oportunidad, Gabrielillo echaremos al agua a estos casacones y pondremos rumbo a Cádiz o a la costa.

GABRIEL.- ¿Y no hay peligro de ahogarnos en la travesía?

ALONSO.- Somos prisioneros, Marcial, somos prisioneros.

INGLES.- Señores debemos prepararnos para una tormenta.

MARCIAL.- Toma, Gabrielillo, *(le da unas galletas mientras él bebe de una botella que le pasa a Don Alonso)* barco sin lastre no navega.

GABRIEL.- ¿Hacia dónde nos dirigimos Marcial? Las olas son muy gruesas y el vendaval no amaina. No se ve ningún barco en esta oscuridad.

MARCIAL.- Estos casacones tienen empeño en llevarnos como trofeo a Gibraltar y presumir ante Napoleón de su victoria ...

ALONSO.- Cómo se reirá de nosotros Paquita, ¡cómo se reirá! Aún me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, y a pesar de que todos le dan como cosa cierta, yo tengo la creencia de que aquel hombre divino ha de estar vivo en alguna parte.

CONTRAMAESTRE.- Desde que salimos de Cádiz, Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. Él había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del almirante Villeneuve.

MARCIAL.- Monsieur Corneta debería estar dando de comer a los peces.

ALONSO.- ¡Calla Marcial!

CONTRAMAESTRE.- Todos los pronósticos de Churruca han salido ciertos, todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que lo presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. Hace unos días le dijo a su cuñado Apodaca: "Antes que rendir mi navío, lo he de volar o echar a pique. Este es el deber de los que sirven al rey y a la patria. Si llegas a saber que mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto".

INGLES.- Churruca era un gran marino. Su expedición a las Antillas fue ejemplar por los mapas que levantó. El mismo Napoleón le obsequió con un sable de honor y le colmó de atenciones.

MARCIAL.- ¿Entonces por qué ese señor Bonaparte, no le puso al frente de la escuadra, en vez, de obligarnos a obedecer al señor Corneta?

ALONSO.- ¡Qué lástima de valor! Todo se perdió como un tesoro que cae al fondo del mar.

CONTRAMAESTRE.- Yo tuve el honor de estar bajo sus órdenes en el "Conquistador", cuya tripulación tenía una mala fama bien ganada por su indisciplina y falta de preparación. En pocos meses consiguió que fuera un modelo de laboriosidad y patriotismo.

INGLES.- Varones ilustres como ése, no debían estar expuestos a los azares de un combate, y sí conservados para los progresos de la ciencia de la navegación.

MARCIAL.- ¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!

INGLES.- y por el talento de otro ...

CONTRAMAESTRE.- ¡Gloria a los héroes que han muerto en el día de hoy! ¡Gloria a Churruca y al almirante Nelson!

(Todos gritan: ¡Gloria!. Don Alonso se pone a rezar seguido por los demás)

(La tempestad continúa, la lancha zozobra, el viento se agita y los rayos lanzan destellos eléctricos)

ALONSO.- Gabrielillo, ¿no te parece a ti que hice bien en venir?

GABRIEL.- Pues es claro; eso ¿qué duda tiene?

ALONSO.- Veo que tú eres persona razonable; veo que tienes miras elevadas y patrióticas. Pero Paca no ve las cosas más que por el lado de su egoísmo, y como tiene un genio tan raro, y como se le ha metido en la cabeza que las escuadras y los cañones no sirven para nada, no puede comprender que yo... En fin... sé que se pondrá furiosa cuando vuelva, pues... como no hemos ganado dirá esto y lo otro... me volverá loco... pero

Quizá... Yo no le haré caso ¿Qué te parece a ti? ¿No es verdad que no debo hacerla caso?

GABRIEL.- Ya lo creo. Usía ha hecho muy bien en venir, eso prueba que es un valiente marino.

ALONSO.- Pues vete con esas razones a Paca, verás lo que te contesta. Mi presencia aquí ha sido muy necesaria. Si yo no hubiera apuntado tan bien aquellos cañones, quién sabe, quién sabe... Aún puede que haga algo más; aún puede ser que si el viento nos es favorable... Estoy meditando cierto pian... Veremos, veremos... Ella estará furiosa y me volverá loco cuando regrese; pero yo creo, lo repito, que he hecho muy bien en venir aquí.

(Sigue mascullando palabras ininteligibles y rezando)

(Por fin, aparecen unas luces y se divisa la silueta de un barco)

INGLES.- ¡Ah del navío!

MARCIAL.- ¿Es el San Agustín?

CONTRAMAESTRE.- El San Agustín se ha ido a pique. Será el Rayo, que también está apresado.

INGLES.- Vamos, señores, mañana descansaremos en Gibraltar.

MARCIAL.- Hemos salido de Guatemala para entrar en Guatepeor. Pero donde manda capitán no manda marinero. A este condenado le pusieron Rayo por mal nombre. Quieren que entre en Gibraltar antes del amanecer, y yo digo que no entra. Veremos a ver.

GABRIEL.- ¿Usted cree que no llegaremos? El oficial inglés lo ha asegurado.

MARCIAL.- y tú no sabes, sardinilla, que esos señores de popa se candilean más fácilmente que nosotros los marinos de combés. Si no, ahí tienes al jefe de toda la escuadra, que cargue el diablo con él. Ya ves cómo no ha tenido ni tanto así de idea para mandar.

GABRIEL.- Sí, pero el señor Nelson no se equivocó.

MARCIAL.- Digo que este navío es más pesado que el mismo plomo y además traicionero. Tiene mala andadura, gobierna mal y parece que está cojo y tuerto como yo, pues si le echan la caña para aquí él va por allí.

GABRIEL.- ¿Qué es eso Marcial, tiene usted sangre?

MARCIAL.- No es nada. Una astilla que erró de rumbo. Con un poco de agua se me pasará. *(Se toca un costado)*.

CONTRAMAESTRE.- Eso parece grave.

INGLES.- Más que grave, debe examinarle un cirujano.

MARCIAL.- De eso nada, que la última vez que me tocó un físico inglés me puso esta pierna de palo; pero en honor de la verdad he de decir que la dureza de su madera entoavía he de probarla en el cuerpo de algún casacón.

ESCENA 5: EN EL RAYO

GABRIEL.- En la lancha habíamos ido españoles e ingleses, habíamos fraternizado, amparándonos unos a otros en el común peligro, sin recordar que unas horas antes nos matábamos en horrenda lucha, más parecidos a fieras que a hombres. Yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y sobre todo la expresión propia del sentimiento de humanidad y caridad. ¿Para qué son las guerras? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida como lo son en las de peligro? Yo pensaba que eso de que las islas, las naciones, han de querer quitarse unas a otras algún pedazo de tierra, lo echaba todo a perder. Estaba seguro de que eso no podía durar; apostaba doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se habían de convencer de que hacían un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegaría un día en que se abrazarían, conviniendo todos en no formar más que una sola familia.

(Todos han embarcado en el Rayo. El barco está también seriamente dañado, Gabriel acude a auxiliar a don Alonso que se apoya sobre unas cuerdas visiblemente mareado; el Contramaestre ayuda a Marcial)

MALESPINA.- *(A Marcial)* Eso que tiene no es nada, un simple rasguño. Los marinos no estáis acostumbrados a sentir heridas; en la guerra del Rosellón tendrían que haber estado. Aquellas sí eran heridas. Ya sabes, querido Alonso, que una bala me entró por el antebrazo, subió hacia el hombro, dio la vuelta por toda la espalda y vino a salir por la cintura. ¡Oh, que herida tan singular! Pero a los tres días estaba sano.

MARCIAL.- En ese Rosetón, o Roseñor las balas deben ser como las liebres, van por donde les viene en gana ...

ALONSO.- Cuanto me alegro José María de que te hayas salvado ...

MALESPINA.- La artillería siempre en pié. Estos ingleses me han reconocido y no han dejado de agradecerme las reformas que les hice.

MARCIAL.- A lo mejor ha sido por su culpa por lo que nos han derrotado.

ALONSO.- Calma, Marcial, calma.

MALESPINA.- En la guerra del Rosellón, los heridos graves, y yo lo estuve varias veces, mandábamos a los soldados que bailasen y tocasen la guitarra en la enfermería, y

Seguro estoy de que este tratamiento nos curó más pronto que todos los emplastos y botiquines.

MARCIAL.- *(Furioso)* Pues en las guerras de la República francesa se estableció que en las ambulancias de los heridos fuese un cuerpo de baile completo, y una compañía de teatro, y con eso se ahorraron los médicos y boticarios.

MALESPINA.- ¡Alto ahí! Eso es guasa caballero. ¿Cómo puede ser que con música y baile se curen las heridas?

MARCIAL.- Usted lo ha dicho.

MALESPINA.- Sí, pero eso no ha pasado más que una vez, ni es fácil que vuelva a pasar. ¿Es acaso probable que vuelva a haber una guerra como la del Rosellón, la más sangrienta, la más hábil, la más estratégica que ha habido en el mundo desde Epaminondas? Claro es que no, pues allí todo fue extraordinario, y puedo dar fe de ello, que la presencié desde el principio hasta el final. A aquella guerra debo mi conocimiento de la artillería. Sepan ustedes que traigo en la cabeza un proyecto grandioso, y tal que si algún día llega a ser realidad, no volverán a ocurrir desastres como este de Trafalgar. Sí, señores, es preciso hacer algo por la patria; es preciso inventar algo sorprendente, que en un periquete nos devuelva todo lo perdido y asegure a nuestra marina la victoria por siempre jamás amén.

MARCIAL.- ¡Caracoles! Explíquenos cuál es ese su invento.

MALESPINA.- Ahora me ocupo del modo de construir cañones de a trescientos.

MARCIAL.- ¡Hombre, de a 300! ¡Los mayores que haya bordo son de 36!

MALESPINA.- Esos son juguetes de chicos. Figúrese usted el destrozo que harían esas piezas de 300 disparando sobre la escuadra enemiga.

(Sopla el viento y el vendaval. Malespina está a punto de caer al suelo)

MARCIAL.- El vendaval sigue arreciando. Con este Rayo no llegaremos a ninguna parte. No soporto más metralla en los oídos por esta noche. Buscaré a un físico casacón que me alivie las orejas.

GABRIEL.- ¿Le acompaño, Marcial?

ALONSO.- Gracias, Gabrielillo. Aquí el señor inventor necesita público para sus cuentos.

(Sale Marcial malhumorado y dando tumbos, mientras se aprieta la herida)

MALESPINA.- Lo primero que habría que hacer es construir barcos de 95 a 100 varas de largo.

CONTRAMAESTRE.- El Trinidad tenía setenta, y a todos parecía demasiado largo. Viraba mal, y todas las maniobras se hacían en él muy difícilmente.

MALESPINA.- Veo que usted se asusta por poca cosa, caballero. ¿Qué son 100 varas? Aún podrían construirse barcos mucho mayores. Y he de advertir a ustedes que yo los construiría de hierro.

GABRIEL.- ¡De hierro!

MALESPINA.- De hierro, sí ¿Por ventura no conocen ustedes la ciencia de la hidrostática? Con arreglo a ella, yo construiría un barco de hierro de 7000 toneladas.

CONTRAMAESTRE.- ¡Y el Trinidad no tenía más que 4000!, lo cual parecía excesivo. ¿Pero no comprende usted que para mover esa mole sería preciso un aparejo tan colosal, que no habría fuerzas humanas capaces de maniobrar en él?

MALESPINA.- ¡Bicoca!.. ¡Oh! Señor marino, ¿Y quién le dice a usted que yo sería tan torpe que movería ese buque por medio del viento? Usted no me conoce. Si supiera usted que tengo aquí una idea... Pero no quiero explicárselas a ustedes, porque no me entenderían. *(El barco se mueve violentamente y Malespina cae de espaldas, Gabriel corre a auxiliarle. El contramaestre ayuda a don Alonso a ponerse en pie con ánimo de protegerse en otro sitio)*

¡Qué vaivenes! No parece sino que nos vamos a estrellar contra la costa ... Pues bien, yo movería esa gran mole de mi invención por medio del... ¿A qué no lo adivina usted? *(El contramaestre se aleja con don Alonso)* Por medio del vapor de agua *(Gabriel intenta seguir a su amo, pero Malespina le detiene)*. Para esto se construiría una máquina singular, donde el vapor comprimido y dilatado alternativamente dentro de dos cilindros, pusiera en movimiento unas ruedas pues... ¿Usted comprende bien lo que quiero decir? Siete mil toneladas, dos ruedas pues.

GABRIEL.- *(Intentando zafarse de él)* Sí señor, comprendo perfectamente.

MALESPINA.- Veo que usted me conoce y se hace cargo de mis invenciones. Ya comprenderá usted que el buque que imagino será invencible, lo mismo atacando que defendiendo. El solo habría derrotado con cuatro o cinco tiros los treinta navíos ingleses.

GABRIEL.- ¿Pero los cañones de éstos, no le harían daño también?

MALESPINA.- ¡Oh! La observación de usted, caballero, es atinadísima, y prueba que comprende y aprecia las grandes invenciones. Para evitar el efecto de la artillería enemiga, yo forraría mi barco con gruesas planchas de acero, le pondría una coraza,

Como la que usaban los antiguos guerreros. Con este medio, podía atacar, sin que los proyectiles enemigos hicieran en sus costados más efecto que el que haría una andanada de bolitas de pan, lanzadas por la mano de un niño. Figúrese usted que nuestra nación tuviera dos o tres barcos de éstos. Es una idea maravillosa la que yo he tenido.

GABRIEL.- Pero en caso de que pudieran hacer aquí esos barcos, los ingleses los harían también, y entonces las proporciones de lucha serían las mismas.

MALESPINA.- ¿Y quién le ha dicho a usted, mozalbete atrevido, que yo sería capaz de divulgar el secreto de modo que lo supieran los ingleses? Los buques se fabricarían con el mayor sigilo y sin decir palotada a nadie. Supongamos que ocurría una nueva guerra. Nos provocaban los ingleses, y les decíamos: "Sí señor, pronto estamos [nos batiremos". Salían al mar los navíos ordinarios, empezaba la pelea, y a lo mejor, cátrate que aparecen en las aguas del combate dos o tres de esos monstruos de hierro, vomitando humo y marchando acá o allá sin hacer caso del viento; se meten por donde quieren, hacen astillas con el empuje de su afilada proa a los barcos contrarios, y con un par de cañonazos ... figúrese usted, todo se acababa en un cuarto de hora.

(Un nuevo vaivén hace rodar por los suelos a Malespina y Gabriel)

(La tempestad aumenta y los marineros ingleses corren asustados lanzando frases inteligibles)

INGLES.- La tempestad arrecia, rápida traed hacha, hay que cortar los palos, rápido mover el culo.

GABRIEL.- ¿Qué pasa?

MALESPINA.- En las grandes tempestades los barcos necesitan achicarse; de alta encina quieren convertirse en humilde hierba, y como sus mástiles no pueden plegarse cual las ramas de un árbol, se ve en la dolorosa precisión de amputarlos. Van a cortar los palos. Si este barco fuera a vapor ese remedio no sería necesario. Todavía he de tener yo unas palabras con el capitán inglés. *(Se marcha muy decidido)*

INGLES.- ¡Picar también el palo de mesana!

(Gabriel asustado no sabe a dónde dirigirse, el temporal es mayor. Las carreras de los marineros más frenéticas. Aparece el contramaestre)

CONTRAMAESTRE.- El temporal aumenta. Este barco es como un corcel espantado.

GABRIEL.- Allí se distinguen luces.

CONTRAMAESTRE.- Deben ser hogueras encendidas en la costa para auxiliarnos. Se han picado los palos mayores y de mesana; la única esperanza es poderlo anclar cerca de la costa.

GABRIEL.- Pero si el buque se estrella antes, no hay salvación.

INGLES.- Todo el mundo a estribor ¡Nos hundimos!

(Se oye un gran estruendo. Todo el barco parece crujiir)

CONTRAMAESTRE.- ¡Hemos embarrancado en un banco de arena. El buque se hunde por popa! Hay que salir de aquí en las embarcaciones.

GABRIEL.- Pero, y don Alonso y Marcial.

CONTRAMAESTRE.- Don Alonso está en buenas manos, le auxiliaba el oficial inglés, a Marcial no he vuelto a verle.

INGLES.- ¡A las lanchas, malditos barcos españoles, a las lanchas!

(En el Rayo todo son carreras y caos. Gabriel corre de un lado a otro buscando desesperadamente a Marcial)

CONTRAMAESTRE.- ¡Al agua, el Rayo se hunde!

GABRIEL.- ¡Marcial! ¡Marcial!

VOZ DE MARCIAL.- Gabrielillo, no me abandones.

(Gabriel descubre a Marcial en el suelo, la herida le sangra y está en un lastimoso estado)

GABRIEL.- ¡A tierra! ¡Todos vamos a tierra! *(Intenta levantarle)*

MARCIAL.- No puedo Gabrielillo, no me abandones.

(Gabriel desesperado corre hacia un marinero que se atraviesa en su camino)

GABRIEL.- Por favor, señor, está herido y no puede moverse.

(El marinero dice unas palabras en inglés y corre a embarcarse)

GABRIEL.- ¡Por caridad, no nos abandonen! Ayúdenos, Marcial está Herido. ¡No pueden abandonarnos! *(Corre otra vez a Marcial, intentando arrastrarle con raras esfuerzos)*
¡Esos malvados no quieren salvarte Marcial!

MARCIAL.- *(Totalmente agotado)* Déjales. Lo mismo da a bordo que en tierra. Máchate tú; corre, chiquillo, que te dejan aquí.

(Gabriel duda. Mira a Marcial, mira a los botes y tras una caricia al viejo marino sale corriendo)

GABRIEL.- ¡Yo voy también, yo voy también!

(Sale. Queda solo Marcial entre los escombros del Rayo que comienza hacer aguas. En su soledad Marcial saca fuerzas para cantar una canción a modo de oración de despedida. Vuelve Gabriel desolado)

GABRIEL.- ¡Me han dejado! ¡Nos han dejado!

MARCIAL.- *(Incorporándose y mirando la lejanía)* ¡Nada!, no se ve nada. Ni lanchas, ni tierra, ni luces, ni costa. No volverán. Ya no hay esperanza, Gabrielillo. Puesto que Dios lo quiere, aquí hemos de morir los dos. Por mí nada importa; soy un viejo y no sirvo para maldita la cosa ... Pero tú... tú... tú no tienes pecados. Pero yo... Bien que cuando uno se muere así". así al modo de perro o gato, no necesita de que un cura venga y le dé la solución, sino que basta y sobra con que uno mismo se entienda con Dios ¿No has oído tú eso?

(Gabriel por toda respuesta se pone a llorar sin consuelo)

Animo, Gabrielillo. El hombre debe ser hombre y ahora es cuando se conoce quién tiene alma y quién no la tiene. Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quién confesarse, debe decir lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre. Yo te digo, Gabrielillo, que siempre he sido cristiano católico, apostólico, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen; y digo también que si hace veinte años que no he confesado ni comulgado, no fue por mí, sino por mor del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene. Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra para bromear. De los palos que le deba a mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las churras y con un genio más picón que un alacrán. No he faltado ni tanto así a lo que manda la ordenanza; no aborrezco a nadie más que a los casacones, a quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo les perdono, y así mismamente perdono a los franceses que nos han traído esta guerra. Y no digo más porque me parece que me vaya toda vela. Gabrielillo, abrázate conmigo y apriétate bien contra mí. Más vale morirse a tu edad que vivir en este emperrado mundo ... Conque ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube y el Rayo se acaba para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena, no te asustes ... abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta a Dios de mis pecadillos, y tú contento como unas pascuas danzando por el cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que al modo la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro, mañana y mañana y mañana y al otro y siempre ...

ESCENA 6: LA PLAYA

GABRIEL.- Volvió, no sé cuándo, a iluminar turbiamente mi espíritu la noción de la vida; sentí un frío intensísimo, y sólo este accidente me dio a conocer la propia existencia, pues ningún recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, no podía hacerme cargo de la nueva situación. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecía el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Me fue volviendo la vida y me acordé de Marcial.

(Se encuentra en una playa, junto a un marinero. El Sol ilumina y todo es claridad)

MARINERO.- Una balandra que salió a ayudarte encontró abrazado a Marcial. Tu compañero de agonía estaba muerto, al igual que otros muchos infelices. *(Le da una cazuela de sopa y le envuelve con una manta)*. Buen marino era Medio-Hombre ¿Pero quién le metió a salir a la mar con un cargamento de más de sesenta años? Bien empleado le está el fin que ha tenido.

GABRIEL.- Era un valiente marino; y tan aficionado a la guerra, que ni sus achaques le arredraron cuando intentó venir a la escuadra.

MARINERO.- Pues de ésta me despido. No quiero más batallas en el mar.

GABRIEL.- ¿En qué barco peleó usted?

MARINERO.- En el Nepomuceno. Me marché para Rota y de allí buscaré empleo en otro oficio que no sea el del mar. No quiero dejar viuda y huérfanos en estos tiempos que corren y con las borrascas que se avecinan, por culpa de ese Napoleón. ¿Si vas para Cádiz, podemos hacer parte del camino juntos?

(El marinero recoge el atillo que lleva, Gabriel se levanta)

GABRIEL.- Yo todavía no había tenido tiempo de reflexionar sobre el qué hacer con mi vida. Me daba temor volver a Medina-Sidonia y encontrarme con doña Paquita; en Cádiz la ciudad estaba de luto y todo el vecindario alborotado con las noticias de los desastres de la escuadra. Sentía que debía alejarme del lugar donde había nacido y buscar nuevos horizontes en mi vida que aligerasen la congoja que me envolvía. España era muy grande. ¡Espéreme amigo! Le acompaño *(al público)* [Oh, se me olvidaba! A

pesar de estos desastres, nuestra aliada la orgullosa Francia, no pagó tan caro como España las consecuencias de aquella guerra. Si perdió lo más florido de su marina, en tierra alcanzaba, en aquellos mismos días, ruidosos triunfos. El 20 de Octubre, un día antes de Trafalgar, Napoleón presenciaba el desfile de las derrotadas tropas austriacas, cuyos generales le entregaban su espada, y dos meses después, ganaba en los campos de Austerlitz la más grande acción de su reinado.

Estos triunfos atenuaron en Francia la pérdida de Trafalgar; el mismo Napoleón mandó a los periódicos que no se hablara del asunto, y cuando se le dio cuenta de la victoria de sus implacables enemigos los ingleses, se contentó con encogerse de hombros diciendo: "Yo no puedo estar en todas partes" *(al marinero)* ¿Está muy lejos Madrid?

(Los dos salen de escena alejándose de la costa)

Telón